

Josué DE CASTRO*

Aunque no es fácil responder a la pregunta formulada por la revista *PROBLEMAS DEL DESARROLLO*, tanto por la complejidad del tema como por el reducido espacio de esta sección, lo hago con mucho gusto, dada la importancia del asunto y la seriedad de esta publicación, convencido, sin embargo, que la respuesta tendrá todas las limitaciones de una simple reflexión.

El futuro del desarrollo de América Latina no se puede prever según dos formas de mirar el futuro: como una perspectiva que proyecta, de manera lineal, la actual situación y sus tendencias, o como una perspectiva que, a partir de cambios fundamentales, los proyecta hacia ese futuro con un dinamismo permanentemente creador.

En ambas hipótesis y en sus múltiples grados debemos reconocer que, en esta época de mutaciones, la sorpresa es la regla de oro del cambio.

* Del *Centre International pour le Développement*, Neully-Sur-Seine, Francia.

Siguiendo la primera hipótesis, proyectando a mediano y a largo plazo la actual situación, con el índice de crecimiento de las necesidades y con las ínfimas tasas de desarrollo y, en algunos aspectos, de decrecimiento, el porvenir de la región se presenta no sólo sombrío sino dramático. Más todavía, si se considera en términos relativos al progreso del llamado mundo desarrollado.

Pero, como un subcontinente que contará con 370 millones de habitantes al término de este decenio, y con 600 millones el año 2000, y que día a día toma conciencia crítica de su situación y de sus posibilidades, no puede comportarse como una simple acumulación de elementos físicos, es imposible que la sola proyección lineal configure un cuadro más subhumano, porque actuarán las leyes de la historia y se producirá una explosión, no la demográfica a la que tanto se teme, sino la psicológica que no podrá soportar mayor presión.

¿Qué pasará? No sé.

Siguiendo la segunda hipótesis, la de una prospectiva que construiría el futuro, operando profundos y acelerados cambios de orden político, social y económico, no sólo en el interior de Latinoamérica, sino que también y simultáneamente en el interior de los países desarrollados, donde se encuentra la llave principal que puede abrir las puertas de la justicia y de la paz mundial y donde están los principales frenos del desarrollo del Tercer Mundo, podemos decir que el futuro de América Latina será muy distinto del cuadro que hoy presenta.

Indiscutiblemente que hay obstáculos en América Latina misma, tales como los regímenes retardatarios, la dependencia política y económica, los nacionalismos estrechos que postergan una verdadera integración regional, los privilegios de las oligarquías que han marginalizado grandes sectores del pueblo, pero todos ellos, en alguna forma, son animados o sostenidos o dirigidos por intereses foráneos. Por tanto, incluso la remoción de estos obstáculos internos, depende, en gran medida, de los cambios —yo diría de la revolución— en el corazón mismo del mundo desarrollado.

Al presente, ya estamos viendo algunos síntomas de que esta revolución mundial viene. Nos corresponde a nosotros, latinoamericanos, cooperar a que venga en forma profunda y constructiva, y luchar, en nuestros propios países, por los cambios que sólo nosotros podemos hacer, sin mirar el futuro con una visión fatalista, sino con el convencimiento de que ese futuro debemos construirlo, con los mismos materiales: el hombre y las riquezas latinoamericanas; pero con una ciencia, una ética y un arte propios.

París, febrero de 1970.